

J. Zamora Bonilla, *Ortega y Gasset. La aventura de la verdad*, Barcelona, Shackleton Books, 2022, 192 pp.

Javier Zamora Bonilla, profesor de Historia de las ideas políticas en la Universidad Complutense de Madrid, nos presenta una nueva monografía sobre el filósofo José Ortega y Gasset (1883-1955). Sin perder el rigor, el profesor Zamora Bonilla lleva a cabo una cuidadosa síntesis de los hitos de la vida y obra del pensador español; todo ello teniendo en cuenta el complicado tiempo que le tocó vivir a Ortega, esa famosa “circunstancia” que fue, en términos generales, el núcleo central de su pensamiento.

El libro se divide en cuatro grandes capítulos en los que se recorre de forma cronológica la producción de nuestro filósofo, mostrando cómo ésta se encuentra profundamente permeada por los hechos históricos y biográficos de cada momento. Acontecimientos como las distintas formas de gobierno que atravesó España durante la primera mitad del siglo XX, los totalitarismos o la Guerra Civil se cruzan con otros como las dolencias de nuestro autor, su drama en el exilio o sus disputas familiares. Es justamente en esta cuestión donde puede apreciarse con plena justicia la aportación del libro de Zamora Bonilla, su condición de “biografía intelectual”: por un lado, nos informa sobre la vida del pensador, así como de los sucesos mundiales y nacionales que marcaron sus ideas; y, por otro, relata la vida del hombre de carne y hueso que las trajo al mundo. La perspectiva humana es, sin duda, una de las grandes virtudes de este trabajo. Podemos apreciar con total nitidez a ese Ortega joven, audaz y ambicioso, así como su tránsito y definitivo asentamiento en la madurez; una madurez que termina por templar sus aspiraciones para conducirlo – como él mismo indicó – a una “segunda navegación” cubierta por un sutil velo de desesperanza y olvido, que, no obstante, concluye con un clamoroso reconocimiento mundial. El mérito del escrito reside en que esto se hace sin caer en una biografía al uso.

El texto de Zamora Bonilla se encuentra cargado de una densa exposición de los desarrollos conceptuales orteguianos que, a pesar de su carácter sintético, no cae en explicaciones escolares o simplistas. Hay vida, pero también hay razón; hay visualidad, pero también concepto. Y todo ello por medio de un lenguaje absolutamente claro, “cortés” –en palabras de Ortega–, que hace accesible el libro a todos los niveles de erudición.

Como se ha dicho, el texto se divide en cuatro grandes apartados. El primero, de carácter introductorio, se centra en mostrar aquellos aspectos generales de la filosofía de Ortega que aún hoy son relevantes para pensar el presente. Las tres secciones restantes cubren, en orden cronológico, la vida del filósofo

español en relación con sus escritos y los desarrollos conceptuales asociados a éstos. Cabe destacar, a su vez, que el libro de Zamora Bonilla cuenta con un holgado apéndice en el que se reúne: un conjunto de comentarios a las principales obras de nuestro pensador, una bibliografía recomendada y un cuadro cronológico que permite apreciar los paralelismos entre los hitos de la vida de Ortega y los de su mundo. Estos recursos son de especial utilidad para aquellos que aún no se hayan adentrado en profundidad en el pensamiento orteguiano, pues, entre la ingente cantidad de información que puede hallarse al respecto, se hace una selección que facilita notablemente la preparación para afrontar los textos originales en toda su dimensión.

Ortega, según se expone en la primera sección, fue siempre “pensador” e “intelectual”; “intelectual” porque su vocación vital giró siempre en torno a la búsqueda de la verdad y “pensador” porque su tema fundamental fue “pensar” el presente. Esta doble condición del pensamiento orteguiano tuvo como consecuencia un inevitable choque con la realidad en el que se conformó, emanando desde Ortega, una “nueva sensibilidad” que, según el profesor Zamora Bonilla, iba a terminar por convertirse en la característica fundamental de toda una época. El hecho de que la filosofía del pensador español estuviera siempre orientada hacia la verdad, llevó a éste a adquirir con su mundo un compromiso de hierro. Su búsqueda de la verdad –una auténtica “aventura”–, a pesar de los problemas que le acarreó, fue constante, como lo fue también su voluntad de atender siempre a lo real, a su circunstancia, el mundo al que somos advenidos y que exige algo de todos nosotros. Ortega acepta este reto y trata de responder a la llamada de su tiempo; éste es el sentido del carácter “circunstancial” de su pensamiento: la imposibilidad de disociarlo del convulso contexto histórico de la primera mitad del siglo XX.

No obstante, esta condición no resta a las reflexiones orteguianas actualidad. A pesar de su carácter “circunstancial”, Ortega aún tiene mucho que decir del presente, de nuestro presente concreto. Zamora Bonilla destaca cuatro puntos en los que puede verse nítidamente que esto es así; cuatro aspectos del pensamiento orteguiano que, hoy mismo, nos pueden orientar para dar salida a la inevitable necesidad humana de conocer el mundo (dichos puntos se pueden resumir en: entender la vida como cambio, estudiar el desarrollo humano y sus crisis, el problema de Europa y la defensa de la democracia). Esta es la razón para afirmar con rotundidad que el pensador español

es un “clásico”, pues éste no sólo nos da una viva imagen de su tiempo, sino que también nos proporciona herramientas para desenvolvernos en nuestro presente, para pensarlo y poder afrontar con un mayor compromiso nuestra “circunstancia”. En palabras del autor: “un clásico es un autor que simboliza el nivel alcanzado en su tiempo y, por lo tanto, nos sirve para entender la época en la que vivió, pero, también, es alguien cuyos escritos nos siguen diciendo cosas en nuestros tiempo y nos incitan a pensar con él y afrontar con él los retos de nuestro presente” (p. 20).

En la siguiente sección comienza la exposición cronológica de la vida y obra de nuestro filósofo. Lo primero que se destaca es la herencia cultural de su familia, que fue muy notable, así como la calidad de su primera educación, en la que ya se hizo patente la promiscuidad intelectual de Ortega. De los primeros hitos en el mundo intelectual se pasa a las primeras andaduras universitarias, que terminan por desembocar en una prematura vocación por el saber. En la universidad alemana comienzan las relaciones con los círculos neokantianos, así como algunos intercambios epistolares con intelectuales españoles de alta alcurnia (entre los que podemos destacar personalidades como Unamuno y Pío Baroja). También por estos tiempos tienen lugar los primeros tanteos periodísticos, que le llevan al filósofo español a tomar un contacto directo con la vida cultural española y europea. Ortega interviene en conferencias como *Nueva y vieja política* –más tarde publicado como texto–, declarando en todo momento “lo que es” (p. 48), frente a aquellos –los defensores de la Restauración– que sustentan sus posturas en ficciones “anquilosadas” que impiden a la realidad, a las nuevas generaciones, abrirse camino.

Bajo este espíritu Ortega funda la Liga de Educación Política Española y publica su primer libro: *Meditaciones del Quijote* (1914), que se entiende, según expone Zamora Bonilla, como el manifiesto de toda su generación. El filósofo español pone de relieve en este primerizo escrito su afán por responder a la llamada de su circunstancia, que, principalmente, es la realidad española de su tiempo. *Meditaciones del Quijote*, además de prefigurar toda la filosofía posterior de nuestro autor, marca un punto de inflexión, pues supone la primera actuación de relevancia que va más allá del pasado formativo. A partir de este punto, los conceptos orteguianos comienzan a adquirir dimensión propia, siempre en sinergia con su tiempo, con España y Europa, y, muy especialmente, con sus respectivas crisis. Para superar estas crisis, entiende Ortega, hace falta un cambio, hace falta insuflar vida, renovar los conceptos para dar a los hombres nuevos ejes desde los que pensar y caminar en un mundo que ya no responde a las formas científico-rationales de la modernidad. En palabras de Zamora Bonilla: “no había que renunciar a la ciencia europea, a la razón, [...], sino que había que completarla con la vida, [...], no asépticamente aislada en una probeta, sino en su devenir” (p. 59).

A continuación, el texto expone otras circunstancias que terminan por fraguar al joven “yo” de Ortega, templándole en su tránsito hacia la madurez. Se hace referencia a sus primeros viajes –el más importante junto a su padre a Sudamérica, donde sus conferencias y textos tienen una muy buena recepción–, así como a sus primeras actuaciones culturales de gran calado en el plano público. De estas últimas cabe destacar la fundación del *Espectador*, revista en la que Ortega plantea reflexiones a partir de hechos cotidianos; su participación en *El Imparcial*; y la apertura de la revista *El Sol*, que servirá de estrado a numerosos intelectuales españoles, entre los que cabe destacar a algunos de los más destacados miembros de la Generación del 98.

En este clima de exuberancia aparece *España Invertebrada* (1922), texto que trata de establecer, por medio de una metodología histórico-genealógica, un riguroso diagnóstico de la realidad española y europea. Zamora Bonilla incide en la forma en la que el filósofo español planta cara a la situación que define su mundo, tratando de proporcionar herramientas para explicarlo y superar las dificultades que él mismo plantea. El diagnóstico en cuestión se funda en la confrontación dialéctica entre masas y minorías. Faltan minorías que dirijan y sepan conducir a las masas, tanto a nivel nacional como europeo. Así se muestra, en el caso de España, por medio de una narración explicativa que se remonta hasta el tiempo de los visigodos. Las alternativas a un mundo en el que no son los más cualificados aquellos que dirigen, plantea Ortega, son inciertas. Esta dinámica, que existan unos pocos que dirijan y unos muchos que obedezcan, es condición de posibilidad de la sociedad; de ahí la gravedad de la situación. El camino que está tomando Occidente al tratar de prescindir de esos “pocos” –como se plantea en otros escritos posteriores– es, en resumidas cuentas, el de la destrucción; proceso éste que se encuentra vehiculado, según se expone, por fenómenos de masas como el bolchevismo y el fascismo.

En el segundo apartado del libro, Zamora Bonilla se adentra en los años centrales de la filosofía de Ortega, las décadas de los años 20 y 30. Es este período en el que nuestro pensador termina de perfilar uno de sus temas capitales: su filosofía de la razón vital e histórica. El escrito donde puede apreciarse el desarrollo más solvente de esta cuestión es *El tema de nuestro tiempo* (1923). En este escrito se plantea la necesidad de superar la perspectiva moderno-rationale de relacionarse con la realidad. El hombre actual, entiende Ortega, se encuentra desorientado, desasido, y, por ello, necesita nuevos ejes desde los que acceder a la realidad. Esto es así porque el mundo ya no es el mundo de la modernidad; ya no es, en definitiva, el mundo en el que la razón, por sí sola, podía dar una explicación satisfactoria de la totalidad de lo existente.

El camino que Ortega toma para superar esta situación, según expone Zamora Bonilla, es insuflar vida a

la vieja razón moderna; entender que los mecanismos racionales son algo que forma parte del mundo vivo; volver a integrar al ser humano en el plano de lo viviente. Este es el sentido de la razón vital o histórica, que se postula por una doble necesidad; necesidad ésta que es imperativa para comprender el mundo contemporáneo: la imposibilidad de renunciar tanto a la comprensión racional del mundo como a la perspectiva vital que los modernos desecharon. El filósofo español huye del frío mundo de la geometría y de las abstracciones universales, pero no por ello renuncia a la comprensión racional ni cae en relativismo. De lo que se trata es de llevar la razón a lo concreto y humano, a la vida biológica y a la historia, dejando de lado las construcciones fantasiosas. Ortega quiere la realidad y no una imagen ideal de ésta; quiere el “ser” y no el “deber ser”; quiere la razón, pero anclada en el mundo. Nuestro pensador “no renunciaba a la razón, sino que pensaba que ésta tenía que estar incardinada en la vida para comprenderla, para entender la biografía concreta que cada uno de nosotros somos, no una vida abstracta despersonificada y genérica” (pp. 73-74). El profesor Zamora Bonilla –de forma muy acertada– hace especial hincapié en clarificar que los conceptos de “razón vital” y “razón histórica” son dos caras de lo mismo, dos maneras diferentes de afrontar aquello que Ortega considera el fundamento decisivo para estar a la altura de lo que exige nuestra circunstancia, para afrontar, en resumidas cuentas, el “tema de nuestro tiempo”.

En este escrito también se recoge la denominada doctrina del “perspectivismo”, que viene a superar la dicotomía que plantea el subjetivismo idealista y el objetivismo, además de ejemplificar, con el caso del conocimiento, cómo un valor puede vitalizarse. Ortega entiende que de un mismo hecho hay múltiples perspectivas, diferentes puntos de acceso a él, cuya exploración sucesiva hace que construyamos una imagen cada vez más completa del hecho en cuestión. La totalidad que el realista cree encontrar en el mundo, y el subjetivista en su mente, no es tal. Cada individuo, desde su particular pedestal, da un valor único e insustituible de aquello que se quiere conocer. Ortega pone esta doctrina en relación con otros pensadores de su tiempo como Einstein y entiende que estas coincidencias son muestra del surgimiento de una nueva sensibilidad que viene a sustituir a la anterior.

Esta nueva sensibilidad tiene sus ecos en el arte; así lo plantea Ortega en textos como *La Deshumanización del Arte* (1925), donde se lleva a cabo un análisis de las vanguardias como muestra de esa nueva vitalidad pujante que aspira a renovar, por medio de los nuevos procesos artísticos, los mecanismos anquilosados de la racionalidad moderna. A su vez, durante este periodo, resultan importantísimas las meditaciones orteguianas en torno al concepto de “vida”, que se entiende como la realidad radical del ser humano, esto es, como la base “en la que radican el resto de realidades” (p. 87). La vida nos es

dada, pero no nos es dada hecha; cada uno tiene que ir haciendo su vida en función de la circunstancia a la que se encuentra arrojado. Zamora Bonilla relaciona esta cuestión con otros intelectuales europeos como Heidegger, mostrando así que el talante intelectual del pensador español no tenía nada que envidiar a las más altas formas filosóficas de su tiempo. Además de desarrollar estas reflexiones, Ortega sigue inmerso en sus proyectos editoriales, entre los que hay que destacar, como la culminación de todos ellos, la fundación de *Revista de Occidente*, que permitió abrir la escena cultural española a importantísimos hitos mundiales, tanto en el plano humano como en el científico.

No obstante, el tema fundamental de Ortega durante este periodo, según expone el profesor Zamora Bonilla, son sus reflexiones en torno al análisis de la sociedad de masas. Así puede apreciarse en *La rebelión de las masas* (1927). El filósofo español entiende que ha tenido lugar un aumento del nivel histórico, en el sentido de que se vive mucho mejor que antaño. El peligro de esto es olvidar el pasado, encerrarlo como algo inservible por pensar que el tiempo actual es superior a cualquier otro. Frente a esta actitud, la actitud del hombre masa –que “no es consciente de que los bienes materiales y espirituales de que goza son el acumulado de muchas generaciones” (p. 92)–, Ortega reivindica la Historia y el liberalismo que toma la democracia como núcleo fundamental. El peligro de la dinámica que subyace a la actitud de la sociedad de masas es caer en la barbarie de la que el bolchevismo y el fascismo son valedores, la violencia y el angostamiento de la libertad.

El filósofo español, a pesar del pesimismo que deja en él la Guerra Mundial, mantiene la esperanza y trata, partiendo de este análisis, de proporcionar los medios para superar las dificultades que se plantean; Ortega busca, en definitiva, dar nuevos valores para que el hombre encuentre su camino y deje de lado el desasosiego del que se nutren los fenómenos de masas; todo ello “no fundado en el método de la razón pura sino en el de la razón vital.” (p. 102).

Zamora Bonilla expone cómo este afán por combatir los problemas de su tiempo cristaliza en los papeles públicos que juega Ortega tanto a nivel universitario como político. Resulta de especial relevancia su compromiso con la Segunda República, de la que llega a participar directamente como diputado. No obstante, el rumbo que toma el país lleva a nuestro pensador a abandonar el parlamento. Es ésta una época difícil, que choca con toda postura democrática y liberal, una época –en palabras de Zamora Bonilla– en la que “las palabras se utilizaron como puños y, pronto, algunos prefirieron los puños y las armas a las palabras” (p. 112). El fiasco que produce este ambiente en Ortega le lleva a un profundo cambio de actitud, su “segunda navegación” según sus propias palabras. El filósofo español decide abandonar muchas de las labores públicas para centrarse en sus investigaciones sociológicas y en su filosofía de la razón histórica.

Pero es entonces cuando estalla la Guerra Civil y muchos de los proyectos de Ortega se ven truncados. Así comienza el último apartado del texto de Zamora Bonilla en el que se narran las peripecias de Ortega como “intelectual errante”, como hombre de cultura que, a pesar de los desaires y vaivenes, no cejó en su amor por el saber. La amenaza de ambos bandos y los conflictos personales, llevan a nuestro pensador a escapar de España, dando comienzo a su último periplo por la geografía mundial, marcado por la enfermedad y la agitación. Ortega, a pesar de todo, sigue trabajando desde el silencio mediático y, durante sus primeros años, medita sobre sociología y el papel del intelectual en la vida pública.

Zamora Bonilla deja entrever, muy especialmente en este apartado, el aspecto más humano de Ortega; el hombre de carne y hueso que, como todos, también tiene que lidiar con la humana tristeza. El trabajo constante, el afán por no detener su aventura hacia la verdad, le sirve como refugio ante la amargura. Finalmente, Ortega se estabiliza en Portugal, desde donde su preocupación por la situación internacional y el devenir de la filosofía fructifican en nuevos trabajos. El texto de Zamora Bonilla hace especial hincapié en el carácter del filósofo español, que abraza siempre el conjunto de lo real, sin dejar nada fuera. Así hizo Ortega hasta sus últimos años, en los que la búsqueda de la verdad fue constante, sin que, por ello, llegase a desdeñar en ningún momento el desafío que le

marcaba su circunstancia. El filósofo español nunca perdió de vista su mundo entorno, y hasta sus últimos días, como hacen ver escritos como *La Idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva* (1947), mantuvo su trabajo y su diálogo con la tradición filosófica, sin que su reconocimiento internacional influyera en su constancia.

La verdad, su búsqueda sin descanso y la aventura que esto supone; ese es el mensaje fundamental que el profesor Zamora Bonilla nos hace llegar por medio de esta monografía sobre la figura de Ortega. Y todo ello por medio de un lenguaje que aunque es extremadamente claro no cae en simplismos. La síntesis conceptual se ameniza por medio de numerosos cuadros aclaratorios, que tratan de forma diáfana los conceptos orteguianos nucleares, a fin de que nada quede sin entenderse. Es fundamental insistir en que el texto no es una mera biografía intelectual; es, en su lugar, un ejercicio de “razón histórica”, usando palabras de Ortega. No se trata de una mera enumeración, sino más bien de una recopilación de hitos a los que, en vez de dejarlos expuestos sin más, se les da un sentido, un encuadre en la historia –tanto de Ortega como de su mundo–, que permite a los conceptos abrirse a una comprensión mucho más profunda de lo habitual; a una comprensión vital que toca en lo más profundo de nosotros.

Carlos Gutiérrez Manrique